

January 1985

Síntesis entre Cultura y Fe

S.S. Juan Pablo II

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Pablo II, S. (1985). Síntesis entre Cultura y Fe. *Revista de la Universidad de La Salle*, (11), 133-137.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

y libres de intereses materiales y parciales, se podrá realizar una cooperación internacional cada vez más necesaria según el espíritu de la **Populorum progressio** de mi predecesor Pablo VI —expresión vibrante de amor por los pueblos más atrasados— fundada en directrices concretas.

Hoy, como nunca, la ciencia debe contribuir con toda su fuerza al verdadero progreso del hombre y debe alejar la amenaza inminente del uso delictivo de sus descubrimientos. Se impone, por tanto, la necesidad de que la comunidad de científicos, sabiendo que la ciencia constituye un elemento esencial del desarrollo humano, vele por el recto uso de las investigaciones al servicio del hombre.

Hoy no existen ya las viejas antinomias entre la verdadera ciencia y la auténtica fe, como lo ha subrayado el Concilio Vaticano II y yo mismo he afirmado en diversas ocasiones. Señores presidentes y representantes de las Academias, tenéis en la Iglesia una aliada que intenta sostener vuestro compromiso moral, personal y colectivo, absolutamente necesario, más allá de las fronteras territoriales e ideológicas, para asegurar a la humanidad la paz y, con ella, la satisfacción de las exigencias esenciales para una vida digna del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza.

Sobre vosotros y sobre vuestro trabajo invoco de corazón la bendición del Señor.

(21 de septiembre)

Síntesis entre Cultura y Fe

DISCURSO DE JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN EL I CONGRESO NACIONAL ITALIANO DEL MOVIMIENTO ECLESIAL DE COMPROMISO CULTURAL

Carísimos:

1. Quiero manifestaros mi sincera alegría al veros de nuevo, después de nuestro encuentro de junio de 1980, cuando, una vez aprobados los nuevos estatutos por el Consejo permanente de la Conferencia Episcopal Italiana, vinisteis a presentarme vuestro programa de **compromiso cultural** para servicio de la Iglesia y de la sociedad civil.

Precisamente el hecho de que vuestro Movimiento sea eclesial os obliga a cada uno a pensar y a promover la cultura en íntima conexión con la fe que profesáis, a realizar una verdadera síntesis entre la fe y la cultura. Esta es vuestra misión específica, a la que nunca os podréis sustraer, ni como hombres de cultura ni como creyentes, desde el momento en que esta síntesis es una exigencia tanto de la cultura como de la fe.

Ante todo, es una exigencia de la cultura. Efectivamente, “el hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura” (Discurso a la UNESCO, 6: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 15 de junio de 1980, pág. 11). Si la cultura es el lugar donde la persona humana se humaniza y accede cada vez más profundamente a su humanidad, de aquí se sigue que la condición fundamental de toda cultura es que en ella y mediante ella todo el hombre, el hombre sea reconocido en toda la medida de su verdad: en la base de toda cultura digna de este nombre está esta afirmación, teórica y práctica, de la persona humana. Para el creyente “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” (*Gaudium et spes*, 22). Así, pues, el compromiso cultural de un creyente sería sustancialmente incompleto, si la “humanización” del hombre que él promueve mediante la cultura, no estuviese conscientemente orientada y dirigida hacia su realización completa en la fe. La cultura no es sólo obra individual: es también y esencialmente obra común, fruto de la cooperación de muchos. El cristiano debe cooperar con todos los que se interesan por la cultura. Pero la condición imprescindible de esta cooperación es el reconocimiento y el respeto de toda la verdad del hombre y de su dignidad por parte de todos. Cuando hay cooperaciones que no respetan esta condición, no se sirve al hombre, sino a ideologías destructoras del hombre: esto es, se traiciona el compromiso cultural. La fidelidad a la visión cristiana del hombre, enseñada por la Iglesia, jamás aísla, al contrario, da capacidad de crear auténtica cultura: universalmente humana y humanizada. “Cristo, en efecto, murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina” (*Gaudium et spes*, 22).

2. La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe. Como enseñó mi predecesor Pablo VI “lo que importa es evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre..., tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios” (*Evangelii nuntiandi*, 20). Efectivamente, si es verdad que la fe no se identifica con ninguna cultura y es independiente de todas las culturas, no es menos verdad que, precisamente por esto, la fe está llamada a inspirar, a impregnar toda cultura. Todo el hombre, en lo concreto de su existencia cotidiana, es salvado en Cristo y, por tanto, todo el hombre debe realizarse en Cristo. Una fe que no se convierte en cultura, es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida.

En mi reciente Exhortación Apostólica he escrito: “Mediante la ‘inculturación’ —esto es, mediante una fe que se hace cultura— se cami-

na hacia la reconstrucción plena de la alianza con la Sabiduría de Dios que es Cristo mismo" (*Familiaris consortio*, 10). De esta "reconstrucción plena" tiene necesidad el hombre de hoy. Sólo la verdad plena sobre el hombre, que nos da la fe, fielmente pensada bajo la guía del Magisterio de la Iglesia, puede haceros capaces de percibir en su unidad profunda y de armonizar la cada vez mayor diversidad de los elementos que constituyen la cultura de hoy: unificación y armonización en las que consiste la sabiduría (cf. *Gaudium et spes*, 15).

3. En esta perspectiva de vuestro compromiso cultural y en armonía con vuestro estilo de presencia en los problemas más actuales de la sociedad contemporánea, habéis elegido como tema de vuestro congreso nacional: "Profesionalidad y trabajo. ¿Qué sentido? ¿Qué proyecto?". Con vuestras relaciones en el congreso, cuyo programa he leído con interés, os habéis propuesto profundizar en los temas expuestos por la Encíclica *Laborem exercens*, en relación con la situación económica y social en Italia.

Este análisis de la transformación y de las tendencias del sistema económico-social, puede convertirse en un oportuno punto de partida para promover las innovaciones técnico-científicas, organizativas y jurídicas que requiere la evolución de los sistemas de producción y que, al mismo tiempo, contribuyen a salvaguardar la dignidad y la actividad del trabajador, cualquiera sea su nivel de responsabilidad y de profesionalidad: creativa, directiva, ejecutiva. Como he escrito en la *Laborem exercens*, "el trabajo humano no mira únicamente a la economía, sino que implica además y sobre todo, los valores personales. El mismo sistema económico y el proceso de producción redundan en provecho propio, cuando estos valores personales son plenamente respetados" (n. 15).

Los sistemas económico-sociales a la luz de la Encíclica "Laborem exercens"

El valor personal del trabajo nunca puede ser desatendido; por lo cual, en cualquier sistema económico, aunque sea de parcial o total socialización de los medios de producción, el hombre debe conservar la conciencia de trabajar "en algo propio". Cuando el trabajo pierde los caracteres de la subjetividad, cuando ya no es "actus personae" (*Laborem exercens*, 24), cuando el trabajador ya no siente que trabaja en algo propio, se infiltra la indiferencia por el trabajo, que se transforma rápidamente en el mito del no-trabajo, en el desorden social del ocio, condenado ya por San Pablo (2 Tes 3, 10-12).

En la valoración que el trabajador realiza de la propia actividad, es necesario que se inserte una perspectiva de ética social. El sentido de la profesionalidad en el trabajo no se cierra meramente en el resultado de la obra realizada, en el *opus perfectum* (que exige cada vez más la cooperación de numerosos individuos), sino en el fin social que con él se logra y se realiza para la satisfacción de las necesidades materiales y

espirituales de los otros hombres, de todos los que viven en la colectividad. Sin esta representación de la utilidad que da el trabajo a la más amplia familia humana, ningún perfeccionamiento de los sistemas de trabajo valdría para hacer agradable la forma más característica de actividad profesional.

4. La consideración de los valores subjetivos y sociales del trabajo os ha llevado a reflexionar —dentro de la realidad de vuestro país, análoga a la de tantos otros— sobre la grave calamidad individual y social del desempleo, que afecta de modo especial a los jóvenes. Como he indicado en la *Laborem exercens*, se impone una planificación global, o sea, “una coordinación, justa y racional, en cuyo marco debe ser garantizada la iniciativa de las personas, de los grupos libres, de los centros y complejos locales de trabajo” (n. 18), teniendo siempre en cuenta debidamente la subjetividad propia del trabajo humano. Esta programación, que requiere sacrificios de intereses particulares de grupos y clases, contrasta, además, con la búsqueda de beneficios crecientes por parte de las sociedades multinacionales y transnacionales, capaces de condicionar y frustrar las decisiones de política económica de las autoridades estatales y regionales. Por eso, es indispensable que maduren medidas de renovación de la vida económica en una fuerte tensión de conciencia ética y de enérgica racionalidad entre todas las partes interesadas. A esta finalidad tiende el conocimiento de los términos del debate social y cultural, relativos a los problemas del trabajo en Italia, al que habéis dedicado una parte de vuestro congreso.

Puesto que cada comunidad es parte de otra mayor, los problemas del trabajo deben ser examinados y resueltos no sólo en ámbitos locales o nacionales, sino supranacionales y mundiales. La escena del mundo está hoy dominada por la desigualdad en la riqueza de las naciones. Junto a los países de la opulencia, del consumismo y del derroche, están los países de la miseria y del hambre, unidos los unos a los otros por una relación de recíprocas dependencias, que por parte de los países altamente industrializados “puede convertirse fácilmente en ocasión para diversas formas de explotación e injusticia, y de este modo influir en la política laboral de los Estados y en última instancia sobre el trabajador, que es el sujeto propio del trabajo” (*Laborem exercens*, 17).

Sobre esta injusta distribución de los recursos, en materias primas, en tecnologías, en “standard” materiales de existencia; se ceban los riesgos de guerra, las tensiones entre formaciones opuestas, las dialécticas basadas en equilibrios de represalia militar. La paz exige justicia en y entre las naciones y, por lo tanto, en el orden organizativo, económico y jurídico mundial, fundado sobre esos valores de humanidad, racionalidad, finalidad y conciencia cristiana del trabajo, a los que vuestro congreso ha dedicado una parte fundamental de sus relaciones y discursos.

El trabajo, que es acto de la persona y debe contribuir a la perfección de la persona, experimenta, sin embargo, en la realidad existencial, penas, dolores, contradicciones inherentes a la vida humana y, por esto,

es necesario que sea rescatado en sus aspectos negativos y sea elevado a principio de santificación por el misterio de la pasión y de la resurrección de Cristo.

Que vuestro Movimiento eclesial camine por la senda del trabajo humano, haciéndose portador de una fe indivisa, que sea fermento vital de la realidad económico-social, y ayude a todos los hombres a encontrar en el trabajo no sólo la realización de la medida humana de su personalidad, sino también las dimensiones evangélicas de toda actividad terrena.

Os deseo, hijos queridísimos, que en el ejercicio de vuestras profesiones y en las relaciones que tenéis con los más diversos sectores de la sociedad, podáis promover cada vez más la profesionalidad del trabajo y elevarlo, además, a valor de salvación cristiana, en la gracia y en la luz del misterio de Cristo.

Para cumplimiento de estos deseos míos y de todo don de lo alto, sea propicia la bendición apostólica, que me dispongo a daros a vosotros, a vuestras familias y a vuestros amigos.

(16 de enero)